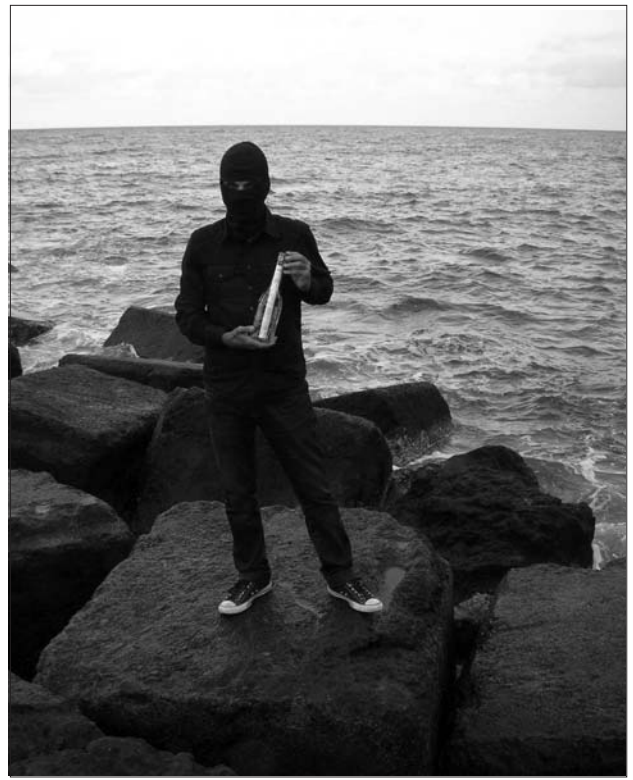


El diablo (ahora) toma partido

A finales del mes de agosto nos desplazamos hasta el Sur, justo donde siglos antes se pensaba que terminaba la civilización y, entonces, comenzaba lo que se llamaba *tierra de bárbaros*. Eran los tiempos anteriores a la conquista. *El diablo (ahora) toma partido* se interroga acerca de la lucha que pretende “devolver la vida allí donde ésta ya se desplaza”. El texto fue introducido en el interior de una botella y arrojado al mar por un miembro del Colectivo de Trabajadores Culturales La Felguera. La acción se realizó bajo la confianza de prolongar la comunicación y no rendirse jamás, aún ante las más adversas circunstancias. Adjuntamos su texto íntegro, así como las fotografías del momento que señalamos.



EL DIABLO (AHORA) TOMA PARTIDO

I

Comenzamos por una perturbadora obviedad, un secreto a voces, algo nada íntimo y ya constatado. Su irrefutable prueba es la observación de nuestra contemporaneidad y su poderoso ritmo descendiente: *ya nada volverá a ser como antes*. Porque frente a la torre de marfil de esa existencia arrojada se alza la constatación de que la

LUCHA DEL SIGLO XXI SERÁ AQUELLA QUE PRETENDA DEVOLVER LA VIDA ALLÍ DONDE ÉSTA YA SE DESPLAZA,

donde la ha abandonado y ahora huye, en todos aquellos lugares en que se enfrenta (ya se está enfrentado) a las ideas hegemónicas de progreso, técnica o rutina.

La Historia, tras haber artificialmente unido hechos y causas, y confeccionado su propio compendio de triunfos -relegando la *otra historia*, quizás la más importante o el arco de ésta o sus héroes- para escribir a su antojo este presente, nos superará. La Historia nos devorará primero. Nosotros, carne y hueso, pereceremos entre millones de renglones, datos y noticias acerca de horribles crímenes, guerras y detalladas vidas de famosos. ¿Podremos brillar entre tanta basura? Sin biografías y sin casi pertenencia. Desaparecidos. Empero, con nuestra silenciosa aniquilación integraremos aquél ejército de bárbaros cuyo objetivo fue algún día “hacer habitable aquellas regiones en que hasta ahora prolifera la locura. Adentrarse con el hacha aguzada de la razón y sin ver a derecha e izquierda, para no caer en el espanto que nos seduce desde la profundidad de la selva” (Benjamin).

Traficantes de pequeños mercados ilegales, coleccionistas de discos y libros, amantes de los olores y sabores originales, artistas proletarios, locos, perseguidos, pequeños terroristas, artesanos, amantes de las últimas filas del autobús, habitantes de las mesas de las cafeterías alejadas del ruido, poetas, perdedores... todos seremos reducidos al polvo de la Historia, a sus catacumbas, bajo el propósito de nuestra absoluta desaparición. Pero esta empresa jamás acontecerá: nada perece por completo en una civilización que siempre deja algún rastro.

Y sucederá *ahora*, cuando ese *ahora* no significa nada. Cuando tan sólo *ahora* es sinónimo de abandono y no pertenencia.



II

Allí donde gobierna el rumor, lo cierto es parte de una gran invención. En última instancia, ¿qué valor tiene hoy hablar de verdadero o falso? En definitiva, ambas son dos instancias de una misma realidad: la realidad de un mundo dominado por las apariencias bajo el aparato mediático. Así,

“LO VERDADERO ES CASI BACANAL EN LA CUAL TODOS LOS PARTICIPANTES ESTÁN EBRIOS” (Hegel).

Relegados al terreno de la teoría crítica, la filosofía o el asco de la negación, estamos siempre *bajo sospecha*. Nuestra postura es reconducida al lugar destinado para una estrambótica feria de variedades. La acusación no sólo proviene de las tradicionales instancias del poder enarboladas por los poderes conservadores, sino que también es dirigida por esa izquierda que aún hoy sigue persiguiendo finales felices. Y ello por cuanto nuestra crítica no busca otorgar una prórroga, detener la Historia en un momento eterno o conceder el oxígeno necesario para la supervivencia de las actuales condiciones de vida. Nuestra impugnación es total.

Despojados los viejos conceptos de su significado original, la Historia es construida haciendo un ejercicio parecido a confeccionar un collage. Los hechos se unen a un cúmulo de rumores, el rumor recoge la sospecha y la sospecha es impulsada y difundida por los agentes sociales y dirigentes. Igual que la escena de un crimen, hay pruebas materiales, otras referenciales, hipótesis y testigos. Se necesitan, siguiendo el lenguaje jurídico, elementos de convicción. En medio ¿Qué es lo que existe? Intereses cuya aprehensión o conocimiento están fuera de la mayor parte de las personas. Su suma es lo que se pretende. De forma sacrosanta, los incidentes pasan a ser interpretados haciendo uso de la sospecha a partir de las opiniones, el rumor y, finalmente, la verdad. La verdad accede a la literatura y se incorpora a algo que, de ningún modo, puede ya ponerse en tela de juicio, ni tan siquiera admite interrogarse acerca de su verdad. *Lo es, simplemente, puesto que ya es Historia.*

Esa Historia en modo alguno es sólo pasado, sino que opera como un trampolín sobre el cual construir la realidad presente y esto es igual a afirmar su perpetua presencia. El gran poder de quienes escriben la Historia es su increíble capacidad para que sus opiniones, interpretaciones y acuerdos trasciendan lo efímero de unas simples conclusiones. Lo provisional se convierte en permanente.

Ese poder es ajeno a nosotros, capaces de resolver determinadas intrigas, siempre en privado pero, cuando se intentan hacer públicas, el enemigo es esa Historia. ¿Podremos destruir ese muro y acceder a la verdad? Ciertamente que la Historia la hacen los hombres, pero la escriben sólo unos pocos. Tal complicada empresa es aquella en que se encuentran, por ejemplo, los revisionistas nazis que niegan el holocausto. Gerd Honsik es uno de ellos. Honsik, durante su juicio en Viena por “reactivación de la ideología nacionalsocialista”, según las leyes penales austriacas, afirmó la suprema tontería de que “las cámaras de gas existieron sólo para despiojar a los judíos, porque había una epidemia en Alemania”. Su lucha es también contra la Historia y su derrota ejemplifica su incapacidad por trascender. Pero si uno pudiera viajar en el tiempo hasta el momento justamente anterior a la caída del régimen nazi, la Historia sería presentada de una forma bien distinta.

III

Y si el rumor gobierna, entonces es lógico que el *paparazzi* se convierta en estrella mediática. Aún siendo éste una forma vulgar de comunicación -y muchas veces consentida por el espiado-, despeja de una forma magistral, con sus actos de espionaje, el modo por el que son recreados los nuevos héroes televisivos. El *paparazzi* es un perpetuador; recrea la vida, pero también ostenta la enorme capacidad de crear la realidad. Alcanzados tales cotas de mediocridad no resulta en absoluto extraño que el *paparazzi* sea entrevistado por revistas con grandes tiradas y ocupe sus portadas. Él es tan protagonista como el artista, el famoso o el actor de moda. Espía y espiado se necesitan de la misma forma que lo hacen el toxicómano y el camello. Es capaz de controlar la información vertida en el papel, porque él es muchas veces culpable de las reacciones de los famosos.

Bajo sus focos el famoso es más que nunca realidad virtual, pero ésta es, curiosamente, la única realidad que desea. Es más, el retratado -el famoso o su objetivo- es un personaje y, por consiguiente, se deshumaniza. No es su capacidad adquisitiva lo que provoca este perverso efecto, sino las relaciones que ha generado una utilización tan frívola de ese poder por parte del famoso. Es cierto que se expone, pero no lo hace como efecto de un gesto involuntario, sino que previamente ha consentido destruirse a sí mismo como persona y asumir su personaje.

El *paparazzi* es casi un escriba. Lo que él ofrece es algo tan seductor como para ser desechado. En último término, responde a las preguntas formuladas constantemente por un mundo voyeur interesado en el rumor de una manera enfermiza y que construye su realidad en comparación con, a partir de, o según la de *los otros*. De este modo, el tipo de comida, la marca de ropa que usan o el interior de sus grandes casas, son el motor que impulsa los días para estos espectadores, ya incapaces de no ser otra cosa.

IV

Absorta la mirada ante los miles de estímulos visuales y la propaganda, los ojos de los que pasean o viajan se evitan entre sí. Si no hay personajes a mi alrededor, no hay nada digno para ser observado, para gastar mi tiempo, dicen en silencio para sí mismos. Igual que una fatal maldición, únicamente observamos el grado de miseria y decrepitud de *los otros*. No obstante, nuestra observación no puede ser más directa y cercana, toda vez que en los demás nos vemos a nosotros mismos.

NUNCA UNOS ROSTROS HABÍAN HABLADO TANTO Y TAN POCO SOBRE NOSOTROS.

Estos ojos y esos rostros, la esfinge humana que nos acusa, se percibe con mayor fuerza en las ciudades. Si en todas las esferas de la vida prima lo mediado, nosotros -los pobladores de este mundo- estamos fraccionados de la misma forma. En el fondo, esos *otros* no son más que la coartada para vivir la diferencia viviendo una mentira.

Nuestra conducta cotidiana es resultado de algo mucho más íntimo: es un lenguaje. Tal lenguaje, manifestado en nuestras decisiones (el lenguaje convertido en praxis), expresa nuestra estrategia, esto es, el cómo somos. Todo lenguaje, de una u otra forma, es praxis. Pero hoy las palabras no significan nada. Aún así, nuestro cometido es evidente:

“Debo crear un sistema o seré esclavizado por el de otro hombre” (William Blake).

V

La excusa de convertir el comunismo, el socialismo revolucionario y el anarquismo en un Ideal, otorga a quién realiza tal operación una espera *ad infinitum*. Posterga la felicidad, lo colectivo, es decir, la revolución a un tiempo imprevisible.

QUIEN ASUME ESTO FABRICA CONSTANTEMENTE PROFECÍAS.

Confecciona un futuro sobre el que no cree y pronostica cómo si fuera una carrera de caballos. Y, en un tiempo en el que no se vislumbra un levantamiento revolucionario inminente, este tipo de práctica lo convierten en un asceta. Su paciencia, sin duda alguna, es exasperante. Si la revolución (el terror blanquista) se ubica en un momento inaprensible de la historia, éste se coloca en el mismo lugar. Aprovecha inteligentemente tal coartada. Lo que vendrá o profetiza, el Ideal, se narra bajo una literatura similar a la que utilizan los creyentes más abyectos. En cierto modo, su opción de vida, la que señalamos, es seguidora del mejor evangelio. “El verdadero mundo es el mundo donde todos los pensamientos son omnipotentes, donde no hay distinción entre deseo y acción” declara el Nuevo Testamento, en la misma línea que la tradición socialista y marxista. Idealistas y rastafaries comparten estas perspectivas acerca del paraíso, la destrucción completa de Babilonia o el retorno a África. Lo político, mediante este juego alquímico, se convierte en religión y la religión en política.

De este modo, el pretendido anarquismo se ha convertido hoy en un escudo protector, un discurso fácil que expresa un *contra todo* inmovilista. Expresa un deseo estéril y sitúa la Historia en el mismo lugar que lo afirmado por Duverger acerca del “centro”: “El centro es un punto inestable que tiende a inclinarse a la derecha”.



Y puestos a pronosticar advenimientos podemos afirmar que aquello que vendrá se sabe con un vistazo *sobre el terreno*. El futuro es la miseria y la situación de presión extrema a la que Estados y gobiernos, instituciones y agentes sociales, mediadores y gestores, sindicatos y partidos están conduciendo a la gente. La ecuación es sencilla, pero el tipo de reacción que vendrá en nada tendrá que ver con el viejo sueño sesentayochista. Aún así, a buen seguro que utilizará alguna de sus armas, pero el grado de violencia extrema y, por otro lado, aceptada como necesaria y democrática es tal que, la nueva rebelión, gozará de la peor de las prensas. En buena parte del mundo la revolución será contra la democracia. Y sus protagonistas serán aquellos fuera del arco protector de ésta, fuera de sus planes, fuera de su proyecto. Ausentes. El desviado, el habitante de la periferia, quien no vive sus días en esa periferia urbana pero se siente como si estuviera en los confines de la vida, el saboteador del metro, el inmigrante que ha comprendido el gran engaño de una palabra como “integración”, el que se planta y proclama que “no dará un paso más”, serán los rebeldes mañana.

Esta tensión y este enfrentamiento serán incomprendidos por buena parte de esa izquierda que se autodenomina “anticapitalista” pero será secundada con firmeza por muchos de esos individuos que jamás han leído a Marx.

Destrucción del paparazzi,
desaparición del famoso,
supresión del voyeur,
muerte del historiador a sueldo,
eliminación del adulterador de sabores y olores.

El Diablo *ahora* toma partido.

La Felguera, agosto 2007.